

ANIMALES DISTINTOS, UN TRES EN UNO DE POETAS NACIDOS EN LOS SESENTAS

Juan Carlos H. Vera, coord., *Animales distintos. (Muestra de poetas argentinos, españoles y mexicanos nacidos en los sesentas)*. Selec. present. y notas de Ana Franco Ortuño, Antonio Portela, Juan Carlos H. Vera y Benjamín Barajas. México, Ediciones Arlequín/Fonca-Conaculta/Sigma Ediciones, 2008, 605 pp.

Siglo de siglas, el xx (concluido en 1989 o aún inconcluido) lo fue también de antologías. Siglo de las antologías. Nada extraño, por demás, si se repara en un principio que articula por igual las siglas y las antologías de ese siglo: el afán de comprimir el tiempo, de concentrar el espacio, en aras de hacer abarcable (y antes atendible) por la memoria (y aun por la percepción misma) los frutos de una producción, intelectual o no, que rebasa las posibilidades cognitivas (informativas) básicas de cada individuo o comunidad humanos. Dominante ese principio durante el siglo xx más allá de la letra impresa (plazas comerciales integradas a su vez por tiendas departamentales, comida buffet, etcétera), se entiende el carácter epónimo de la antología entonces, aun cuando ella preceda a Cristo.

Pero, desde luego, esta relevancia de las antologías ha contado especialmente en el ámbito de las letras, de la literatura; y dentro de ésta, particularmente, en el territorio de la poesía, género de discurso que se diría indisociable del principio antológico no sólo por lo que respecta a su difusión y conservación entre culturas y a través del tiempo, sino incluso a su aislada e inicial publicación en cuadernos.

Memorables son en la tradición antológica de poesía escrita en español títulos como el *Índice de la nueva poesía americana* (1926), suscrito por Borges, Huidobro e Hidalgo, la provocadora *Antología de la poesía mexicana*

moderna (1928) de Jorge Cuesta, la enjundiosa y orientadora *Antología de la poesía hispanoamericana* preparada por Federico de Onís, las *Laurel y Poesía en movimiento* capitaneadas por Octavio Paz, entre otras muchas de cuya saga participa, por voluntad propia, la que ahora comento: *Animales distintos. (Muestra de poetas argentinos, españoles y mexicanos nacidos en los sesentas)*, coordinada por Juan Carlos H. Vera, y preparada por Ana Franco Ortuño en el caso de la argentina, por Antonio Portela en el caso de la española, y por Juan Carlos H. Vera y Benjamín Barajas en el de la mexicana. Basta reparar en la secuencia de los gentilicios en el subtítulo para comenzar a saber dónde tuvo su epicentro creativo la “muestra”.

Todo un paquete del tipo “tres en uno”: tres muestrarios de la poesía producida por mexicanos, españoles y argentinos nacidos en la década de los sesentas, en un solo libro (605 pp.). Más que por romper, fundar o, sencillamente, iniciar algo, esa década parece escogida por considerar los promotores de la antología que la poesía de los sesentas cuenta con menor continuidad crítica e histórico-literaria en México. Atractiva en sí la idea del “tres en uno”, lo es más, sin lugar a dudas, el título: *Animales distintos*, un acierto, lo mismo si referido a los humanos en general que si a los poetas: “animales” los humanos, sólo que “distintos”; y “animales”, entre los humanos, también los poetas, sólo que (tal vez más) “distintos”. Meritoria también es la inclusión de fichas biobibliográficas de cada poeta al final de cada “muestra”.

Según se explica en la “Presentación”, “el propósito de esta antología es dar a conocer en México a poetas argentinos y españoles, o en Argentina a poetas españoles y mexicanos, o en España a poetas mexicanos y argentinos nacidos en la década de los sesentas” (p. 7). Y, cabría añadir, a poetas mexicanos en México, a argentinos en Argentina y a españoles en España, independientemente de la tendencia de los medios digitales de comunicación y de las usuales antologías a reforzar la ilusión de que todo lo cognoscible o, mejor, todo lo que amerita ser conocido, está al alcance de todos por intermedio de ellos.

Los criterios generales de la selección difícilmente pudieran ser más laxos “que los poetas cuenten con obra publicada en libro, que hayan nacido entre 1960 y 1969 y que su obra posea nivel literario” (p. 8). Tautológico parece, en principio, ese tercer criterio. No se le esperaría luego del primero y en medio de una antología, pero pronto recordamos que el primer criterio no garantiza el tercero. En la medida en que se van conociendo los textos introductorios, elaborados por los compiladores de cada “muestra” nacional, va enterándose el lector de que esos tres criterios delimitaban sólo el margen de maniobra posible sobre el que cada compilador desplegaría su trabajo, según las concepciones poéticas suyas, sus habilidades para seleccionar y las especificidades de la tradición encargada.

Como para reforzar esta idea del margen de maniobra individual, interesa conocer que los compiladores de cada “muestra” poética nacional no tuvieron una visión de conjunto de la antología, ni supieron de los criterios específicos aplicados/interpretados por los otros, antes de publicado el libro: “No tengo un panorama absoluto de lo reunido ya que cada selección fue hecha por un compilador distinto y cada quien aplicó sus propios criterios de lectura, de convocatoria, de selección” (Franco Ortuño, p. 14). Ergo, ella, Portela y Barajas sólo pueden responder por la correspondiente parcela a su cuidado.

Muy explícito sobre criterios editoriales es el responsable de la “muestra” española “fue una determinación editorial el número de poetas que debían formar parte del volumen. [...] *40 de 40* habría sido un título posible para este libro” (p. 192); además, que se incluyera “al menos a un poeta por año de la década” (p. 193); y que el espacio concedido a cada obra individual no rebasara las 140 líneas. En resumen: unos 40 poetas por país, con alrededor de 40 años y cuya muestra individual no pasara de 140 líneas (¿por qué no 120 o 160?) y, colmo de voluntarismo, que no hubiera año de la década de los sesentas ayuno de poeta en ninguna de las “muestras”. Garantizada quedaba así la disparidad que se intentaba coartar con otros criterios editoriales: si en un año (1962, p. ej.) no hubiera nacido ni siquiera un poeta reconocible en alguna de esas tradiciones, pero en otro (1964, v. gr.) hubieran nacido 5 o 7, se imponía decidir entre el apego a la representatividad y el mantenimiento de un “nivel literario” homogéneo, dentro del margen de los 40 posibles.

A esta luz se va entendiendo la necesidad de ese criterio a primera vista innecesario: “que su obra posea nivel literario.” Si saludable y meritorio es el prurito de pluralizar, democratizar o descentralizar los focos de poesía correspondientes a cada tradición nacional elegida, las maneras de practicarlo, como esos criterios de carácter más orientado hacia la estadística, tendieron a desfavorecer el imprescindible criterio estético.

Curioso, y acaso también sintomático, es que, a diferencia de las “muestras” española y mexicana, la argentina no haya sido preparada por algún lector de esa nacionalidad, sino por una lectora (sensible y exigente) mexicana, que, adicionalmente, no pudo contactar *in situ* (sino más bien en sitios-web) a muchos de los poetas que seleccionó, a quienes, por demás, no conocía personalmente. Constatado que la argentina es la mejor “muestra” poética de *Animales distintos*, ha de concluirse que: o la poesía argentina producida por escritores nacidos en la década de los sesentas es de por sí la de mejor calidad entre las presentadas, o las otras selecciones no fueron igual de buenas. No se descarta la posibilidad, desde luego, de que esa misma sea la mejor en bruto y también la mejor

drenada. En abono de esto último conviene observar que la argentina presenta sólo a 37 poetas, por 41 de la mexicana y de la española.

Ante condiciones de trabajo como las de Ana Franco, se antoja conjeturar si ellas serán necesarias (incluso, las necesarias) para garantizar una selección poética de calidad sostenida, a partir de la prioridad que ellas aseguran al poema con respecto a su poeta, o al texto con respecto a su autor. Respuestas posibles a tal singularidad asoman cuando se conocen algunas operaciones de los responsables de las otras “muestras”.

Así, en el caso de la española, se avisa de la ausencia de “algunos poetas fundamentales” “por diversas razones ajenas a mi tarea” (¿poetas ‘titulares’ que no intervinieron en este juego por decisión propia o de sus ‘managers’-editores?) Más extraña saber que entre los criterios editoriales tal vez secundarios estuvo el de observar (seguramente ‘en la medida de lo posible’) “una proporción geográfica” (p. 193), pues entonces el peregrino criterio de cubrir cada año de la década habría de conciliarse con el de que cada provincia (región, municipio) del país en cuestión estuviera representada.

En la “muestra” española se declara que ese anhelo estuvo limitado por el hecho de que en ese país hay “otras lenguas oficiales”, además de la única en *Animales distintos*, lo cual excluía otras provincias o regiones de ese país (Cataluña, Galicia) donde escritores nacidos en los sesentas hubieran hecho poesía “de nivel literario”. (¿No cabría una observación similar para las zonas de México o Argentina pobladas por descendientes directos de sus aborígenes cuyas lenguas maternas fueran (todavía) otras que el español (o el gallego o el catalán)?)

Por su parte, Benjamín Barajas y H. Vera aportan otros indicios esclarecedores cuando explican, para el caso mexicano, que “los poetas que intervienen en esta antología no son los más conocidos, ni los más premiados, ni los más publicados” (p. 404): ¿otra manera de respaldar la razón de ser de la antología, particularmente desde su epicentro mexicano? Evidente, por otra parte, es que tal explicación no contempla como premios las numerosas becas de creación otorgadas por el Estado mexicano a no pocos de los poetas incluidos.

OSMAR SÁNCHEZ AGUILERA*

Fecha de recepción: 07/04/2008

Fecha de aceptación: 06/06/2008

* Tecnológico de Monterrey, Campus Ciudad de México osmar@itesm.mx